

De las profundidades de América Latina

Eva Barnaky de Proasi

El camino hacia la madurez personal implica la búsqueda de la propia “identidad”. El **autoconocimiento** es la luz que da coherencia a nuestro obrar y nos guía hacia el auténtico desarrollo de nuestra capacidad y el logro de las motivaciones personales. Este requisito indispensable a nivel individual no lo es menos a nivel comunitario, para tomar conciencia de su particular modo de ser y de sus valores. Con este enfoque nos referimos a la tan heterogénea comunidad latinoamericana.

En las últimas décadas el pensamiento latinoamericano comienza a definirse cada vez con más vigor como tal y se percibe en investigadores y filósofos de distintos países americanos un interés creciente por descubrir *nuestra identidad*. No se trata de desconocer los valores de la filosofía occidental pero sí de hallar una formulación íntimamente relacionada con nuestra vida. El pensamiento europeo surgió de un determinado estilo de vida, así en el caso de Kant, Hegel o de Descartes. La filosofía posee una sensibilidad de reflejar el espíritu de un momento histórico, en el mismo grado que el arte o la religión. Cada generación necesita la expresión filosófica de su sentido peculiar de la vida. La circunstancia americana ofrece caracteres propios que la diferencian de todas las demás culturas. Geografía, etnología, religión y arte, costumbres e ideas, forman en articulado conjunto un tono de intransferible individualidad:

“Como americanos tenemos una serie de problemas que sólo se dan en nuestra circunstancia y que por lo tanto sólo nosotros podemos resolver. Los caminos de abordaje han de ser peculiares”.(1)

En su extensa y profética obra, el mexicano Leopoldo Zea define con notable claridad la historicidad del hombre. Aspira a presentar una verdad humana, pero no de un hombre en abstra, sino concreto, como lo es el americano, que es un hombre como cualquier otro, pero cuya circunstancia determinada se llama “América”.

Aquello por lo cual un hombre es un hombre es la *historia*. El hombre es un ente histórico, y conceptualizar al americano como un ente de futuro, sin historia, sin pasado, no es otra cosa que negarle la esencia de lo humano. En la conciencia europea hemos sido objeto de una deshumanización que es la lógica consecuencia del desconocimiento de nuestro pasado. Para ellos no somos más que meras posibilidades. Tal vez sea más grave aún que los americanos hayamos estado de acuerdo; hemos vivido gran parte de nuestra vida independiente negando nuestra historia. Nos empeñamos en realizar ideales típicos de otras culturas, los problemas propios han sido ignorados, y por lo mismo reaparecen cuando menos se los espera, ya que no han sido resueltos. Al no poseer una idea clara de nosotros mismos, no asumimos

nuestra real humanidad.

Heterogeneidad

Los elementos disímiles que integran América Latina constituyen factores decisivos en el drama de su historia. La heterogeneidad es una premisa que condiciona toda la realidad latinoamericana. Fruto de múltiples entrecruzamientos de razas, etnias y culturas, nos hallamos frente a un hecho inédito en la historia. Heterogéneo como el más es el hombre de América, con diferencias tan notorias como no es creíble que se encuentren en otros pueblos y continentes.

¿Podemos, a pesar de todo, hablar de un “pueblo latinoamericano” como realidad única? Debemos evitar falsas generalizaciones. Es muy diferente hablar de identidad cultural en un país como la Argentina, donde una gran mayoría desciende de inmigrantes europeos que viven en las ciudades, que en Guatemala, donde sobreabunda la población indígena de carácter campesino. Para captar rasgos singulares del hombre americano y llegar a un perfil acorde con la realidad es necesario confrontar las conclusiones coincidentes de estudiosos competentes.

Signos de unidad

No hay duda de que América Latina presenta un cúmulo de elementos que hacen posible su integración. Al pensar en la heterogeneidad de nuestra América, no podemos dejar de advertir los signos de unidad que se manifiestan en la sincronía de sus procesos históricos, pues Hispanoamérica tiene una sola edad que marca a las naciones del continente como integrantes de una destino común. Por encima de las diferencias resaltan claramente aspiraciones idénticas y valores comunes que constituyen los puntos mínimos de cohesión sumamente significativos: la recuperación de la dignidad y de la autonomía, la defensa de sus identidades, la solidaridad para afrontar situaciones críticas son “*rasgos de similitud en el heterogéneo sustrato popular latinoamericano*”.⁽²⁾ Como en toda cultura de resistencia de clases dominadas, prevalecen formas de transmisión de sentido a través de la tradición oral. La lengua oral es un elemento de socialización y transmisión generacional de valores y cosmovisiones.

Conviene exemplificar en esta relación la antes mencionada *sincronía histórica* de los acontecimientos americanos: el establecimiento de los imperios coloniales español y portugués; las guerras de emancipación; los antagonismos entre “unitarios” y “fедерales” con sus denominaciones particulares según las regiones; las dictaduras militares de la década del 30; los nacionalismos populares de los 40 y 50; el renacer de los movimientos de masas al finalizar los 60; las dictaduras neomonetaristas a mediados de los 70; el ajuste neoliberal en los 80 y los planteos a resolver en los años noventa.

La cultura del estar

De madurez cada vez más notoria, el pensador latinoamericano ha ido descubriendo su propia identidad. En este sentido me quiero referir ante todo al prestigioso creador y filósofo de la cultura, Rodolfo Kusch (1922-1979), argentino, que se propuso la formulación de una *antropología americana* a partir del elocuente silencio del discurso popular. Luego de impregnarse de los importantes trabajos del mexicano León Portilla sobre la filosofía náhuatl, logra ampliarlos con el trabajo de campo. Realiza numerosos viajes al altiplano donde, al investigar sobre la religión precolombina, quichua y aimará, los informantes se convierten ellos mismos en “símbolos” de la cosmovisión popular. La tarea no es fácil, pues las categorías del pensamiento del pueblo no están explícitas y sólo pueden ser observadas dentro del juego vivo de la cultura.

Lo anima al autor la firme convicción de la *continuidad del pasado americano en el presente*, aun cuando éste se halla poblado por inmigrantes. También ellos tienen su parte en esta continuidad. Estamos comprometidos con América en una profundidad mucho mayor de lo que creíamos. Quiere recoger el material viviente por las tierras de América, comer junto a su gente, participar en las fiestas, pero conocer también ese pensar natural que se recoge en las calles y en los barrios de la gran ciudad.

Investigador incansable, considera que en el suelo americano conviven dos culturas: una superficial y visible, la otra inconsciente y profunda. La América superficial, producto de la imposición de la cultura europea, se caracteriza por su actividad en relación al mundo; la otra América es oriunda del continente y se distingue por su pasividad aparente. La diferencia entre las dos culturas es categorizada por Kusch aprovechando un recurso lingüístico propio del idioma español: la separación entre los verbos SER y ESTAR.

La cultura proveniente de Europa supone la existencia de un hombre práctico, calculador, confiado en las posibilidades de la razón y en sus propias fuerzas para adecuar la realidad a su proyecto de “ser-alguien” en la vida. Es la “*cultura del ser*” que se vive en las grandes urbes latinoamericanas. La “*cultura del estar*”, típica del campo y del suburbio, es la cultura apegada a la tierra, telúrica, firmemente comprometida con el aquí y ahora. De esta manera el hombre latinoamericano se ve obligado a vivir dos verdades irreconciliables; una que le viene de abajo, de la tierra americana, otra que le viene de arriba, de la racionalidad del mundo occidental. El mundo del “ser” representa las costumbres alienantes de Occidente que ha pretendido negar la verdad telúrica de América, teniéndola por bárbara e inauténtica. Pero ella ha permanecido siempre allí, latente, inamovible; Kusch la llama “América Profunda”.

No hay duda de que la cultura propiamente latinoamericana ha sido mejor conservada por los pobres, que opusieron una resistencia cultural a la opresión. Valores humanos y cristianos centrados en la solidaridad y la justicia. El modo de habitar el mundo de los que sólo son “Juan Pueblo”. Sus legítimos intereses son los

de la comunidad en cuanto tal, pero no están inmunizados, con todo, contra la alienación. Así lo da a entender el Documento de Puebla cuando habla de nuestra identidad cultural “*conservada de un modo más vivo y articulador de toda la existencia en los sectores pobres*”(n.414).

Raíces precolombinas

Los grandes hechos históricos se interpretaron siempre desde distintas perspectivas ideológicas y las dificultades para el historiador siguen siendo múltiples al confrontar distintas fuentes. Al estar empeñados en conocer nuestras raíces, nos referimos ante todo a las culturas precolombinas y elegimos la opción de situarnos en el lugar de los protagonistas de “*la otra historia*”(3) de estas tierras. Estamos frente a civilizaciones que en muchos casos superaban los alcances contemporáneos de la cultura europea. En cuanto a las grandes culturas azteca, maya o incaica, mostraban su esplendor en estructuras productivas, modos de organización social, desarrollo urbano y arquitectónico, expresiones artísticas y artesanales. La deslumbrante ciudad azteca de Tenochtitlán era de una belleza semejante a Venecia, mientras que la magnificencia del Cuzco igualaba las ciudades de la Grecia clásica.

Otras etnias, con menor evolución en determinadas áreas, como la tupí-guaraní, los chibchas, mapuches, caribes, etc., poseían, sin embargo, importantes niveles de adaptación tecnológica, pautas socio-culturales igualitarias, tradiciones religiosas de gran hermosura, y ante todo notable solidaridad en las actividades colectivas. Llaman poderosamente la atención los “ritos del nguillatún” que consistían en rogativas anuales donde toda la comunidad reunida hace el balance individual y colectivo del año transcurrido. Es conocida la legendaria dignidad humana de los mapuches en su rebeldía, así como el valor científico de la magnífica farmacopea vegetal de los guaraníes.

Al citar al azar estos pocos datos anecdóticos, no dejan de llenarnos de sorpresa o indignación los conceptos de Emmanuel Kant, víctima de la desinformación, a través de las tesis de Buffon y De Paux, así como de otros naturalistas:

“*El pueblo de los americanos no es susceptible de ninguna forma de civilización. No tiene ningún estímulo, pues carece de afectos y de pasiones... incapaces de gobernarse, están condenados a la extinción*”.(4)

Kant no sabía que, cuando las tribus germanas recién se acercaban a la región del Mar Báltico en el s.I., la civilización mochica en el norte de Perú poseía una valiosísima artesanía de joyas y orfebrería de oro, de un notable virtuosismo técnico, sólo comparable a las joyas halladas en tumbas cercanas a Micenas en Grecia. A su vez, la cultura maya ya se encontraba en su máximo esplendor.

Lo que sobrevive

De los 80 millones de población originaria que se calcula a la llegada de los

europeos, a mediados del s.XVI. sólo quedan diez. En México, de los 25 millones sobrevive uno, luego del genocidio. La proporción es escalofriante. Con todo, el dominio colonial fue tenazmente resistido, en algunos sitios hasta 1902 (yaquis y mayos). Se precisaron 300 años para someter a los mapuches: dignidad y astucia que admiró a los hispanos.

El profundo rechazo del indio contra la esclavitud se origina en su propia estructura social igualitaria, situación que obligó al Brasil a adquirir grandes contingentes de esclavos negros, para desarrollar, entre otros, el cultivo de la caña de azúcar.

No menos devastadora fue la invasión europea sobre el sustrato material de las culturas indígenas. Los templos se derrumbaron, las artesanías de oro se fundieron en lingotes para ser llevados al viejo mundo, se quemaron los documentos, se eliminó a los sabios.

No obstante, las diversas realidades precolombinas lograron sobrevivir a la impostación de la cultura europea, en innumerables palabras y giros idiomáticos, creencias y rituales amalgamados con el cristianismo, mitos, tradiciones comunitarias y formas de vida cotidiana, la vestimenta, comidas, cánticos, el arte y los testimonios orales: *“van conformando el acervo de una visión del mundo hondamente diferenciada que se mueve en las profundidades del continente, disimulada a veces por el barniz de la sumisión”*.⁽⁵⁾

Dominio y resistencia

Por poco que analicemos los eventos históricos de la etapa colonial, con rasgos de similitud en las diferentes zonas de Latinoamérica, se nos hace evidente la presencia de: *“una ancestral reivindicación del hombre común frente a esas concepciones que, abierta o solapadamente, desde el autoritarismo o desde la más fina cultura, lo trataron como bárbaro, ignorante o idiota. Como manipulable...”*.⁽⁶⁾

En los tres siglos de dominación hispanoportuguesa se fueron originando complejos fenómenos sociales y culturales.

Detrás de los gestos de hombres y mujeres a la defensiva, de aparente mansedumbre pero de mirada indescifrable, siempre estaba latente su rebeldía contenida, que causaba el temor de los opresores. La solidaridad y una lengua incomprensible favorecían a este mundo explotado hasta el agobio.

Los años 1630 a 1635, de las guerras calchaquíes, muestran a los “sumisos” encomendados de antaño transformados en peligrosos guerreros, insurrección que se renueva de generación en generación, así nuevamente entre 1660 y 1665, para culminar cien años más tarde en aquellos descendientes mestizados que volverán a tomar conciencia de su situación infrahumana combatiendo junto a Tupac Amaru II.

Paralelamente, en medio de la selva brasileña, el “quilombo de Palmares” se constituyó, con unos 20.000 esclavos negros fugitivos, en una sociedad independiente y guerrera. Esta confederación, con ancestrales costumbres africanas, logró aislar

durante setenta años, hasta que se agotaron en la lucha y el único camino era volver a la esclavitud ... o la muerte. Inspirados por el legendario Zumbí, hombres y mujeres con sus hijos en brazos fueron arrojándose, con férrea decisión, a un precipicio, como opción terminal por su dignidad.

Esta sucesión interminable de movimientos rebeldes constituían un “*estado endémico de inquietud social*” (7) *en todo el continente*. De esta manera, al cabo de generaciones, se han ido consolidando dos grandes grupos socio-culturales en mutua relación, sin haber logrado revertir el conflicto secular hasta el presente: “*Como una fractura que atraviesa las realidades nacionales y escinde al continente más fuertemente aún que las fronteras territoriales*”.(8)

Con los descendientes de los conquistadores, aventureros, ex convictos o campesinos de poco valer, en su gran mayoría, se forjaba el *patrón oligárquico señorial*, en posesión de grandes fortunas amalgamadas en estas tierras, persuadidos de su superioridad racial y cultural, con el consiguiente menosprecio de la población autóctona. A través del tiempo llegaron a cierto refinamiento, dependientes siempre de la protección de los potentados extranjeros de turno, para conservar su poder.

El otro polo, el *patrón popular*, se elaboró en forma colectiva. No se puede considerar como mera prolongación de las culturas precolombinas, cuyas identidades étnicas han sufrido una importante transformación, debido al mestizaje racial y cultural, y por el cambio en las condiciones existenciales. Se observan también expresiones socioculturales intermedias, con diferentes matices según los países, pero la vertebración fundamental de las sociedades es la anteriormente expuesta.

Al arribar a América se realizó una interculturación entre los diversos grupos africanos heterogéneos y es notable su influencia sobre las culturas indias, en la danza, en la música y en los rituales religiosos, que se transmitieron de una generación a otra, a pesar de las condiciones de vida infrahumanas, donde el promedio de vida, después que eran vendidos como esclavos, se estimaba en cinco años. Mientras la colonización española y portuguesa redujo a indios y negros a la condición de explotados, surgieron importantes factores de cohesión entre ellos, que se contrarrestaban de parte de la clase dominante al incentivar rivalidades en el seno de las clases populares.

Se hace evidente un dualismo constitutivo en el continente que hace imposible doblegar las tradiciones oprimidas. Las luchas por la independencia harán emerger las dinámicas ocultas: “*Dos fuerzas corren desde el fondo de nuestra historia. A veces su combate es subterráneo... De un lado una fuerza americana, territorial, que da primacía... al desarrollo interior, que prefiere los modos mentales y sentimentales propios... constituyente, autonomista, federalista. De otro lado una fuerza europeizante... en los últimos tiempos versátil hacia distintos rumbos extraños... apagada a vínculos ideológicos externos a quienes concede primacía... Por debajo de las denominaciones eventuales que toman esas fuerzas, todo el acontecer nacional se nutre de su dialéctica*”.(9)

“Modernización”

Sería un error mirar los movimientos populares como una expresión de fuerzas tradicionalistas anacrónicas, como no pocas veces se los señala. Es el concepto que anima la modernización pretendida por occidente, liberal, capitalista, de absorción cultural. No caigamos en la trampa de una dependencia que predica la falaz disyuntiva entre progreso y regresión. Se trata de la opción entre proyectos neocoloniales decididamente excluyentes o una conciencia nacional y continental basada en la autonomía intelectual, cultural, psicológica, política y económica, promovida por esas “*otras ideas*” (10) arraigadas en lo nuestro.

La persistencia del neocolonialismo en América Latina tiene un solo antídoto: la toma de conciencia del olvido de nuestras tradiciones culturales más propias. Al madurar una matriz autónoma de pensamiento, lograremos superar esa profunda escisión en nuestras sociedades continentales y neutralizar el interés de Gran Bretaña y de los Estados Unidos de mantener las divisiones entre nuestros países débiles.

Pueblo

Urge abordar la temática central de este artículo, retornar a los fundamentos y ocuparnos específicamente de las características de nuestra identidad latinoamericana.

“Es una antropología estudiada a partir del silencio lleno del discurso popular, basada en la ausencia del saber de lo que es el hombre, o, mejor dicho se ubica al margen de la preocupación de una definición del hombre; en todo caso toma en cuenta la penosa operación con que el pueblo de América afirma su humanidad”.(11)

El uso de la palabra “pueblo” es ambiguo. Por un lado significa el sujeto comunitario de una experiencia histórica común, que comparte un estilo de vida, por lo tanto una cultura y un destino comunes. Así hablamos de pueblo argentino, aymará, paraguayo, o bien latinoamericano, considerando América Latina como la “Patria Grande”. Otras veces nos referimos a los que en la sociedad no gozan de una posición de privilegio y son injustamente oprimidos.

En un sentido antropológico “pueblo” es ante todo un símbolo, de lo masivo, lo segregado, lo arraigado, lo opuesto a uno. Sin embargo, aunque no querramos, todos somos pueblo: es parte de nuestra condición humana frente a la verdad, de nuestra falta de plenitud, de nuestra básica igualdad.

Se ha perdido hace mucho el peso del silencio. El decir culto suele estar vacío y falto de vitalidad. La ciencia está lejos de agotar toda la verdad. El pueblo irradia ese silencio pleno que esconde lo que todo hombre se pregunta y donde nadie es dueño de la respuesta-verdad. El saber culto ha perdido contacto directo con la vida. Se aprende mucho en América, como en otros lugares del mundo, dialogando con el pueblo, para no hacer, en el caso nuestro, el juego al imperio.

En la Argentina nos hemos acostumbrado a imitar modelos, en vez de crearlos. Prevalece el dominio porteño y nuestra identidad no se nutre en sus verdaderas fuentes: vivimos como si el país estuviera vacío. Hay un modelo que sugiere América milenaria: el del pueblo campesino del noroeste argentino, del litoral o del marginado de Buenos Aires.

“Pero aunque lo popular y americano sea un arquetipo...tiene que ser, especialmente para los argentinos, realmente un fundamento. Al menos podría corregir el exceso de retórica, la aparatoso brillantez de las ideas adquiridas,... embarcarnos, al fin, en un examen riguroso de nuestras verdaderas raíces”.(12)

Sabiduría popular, el “mero estar”

Cuando nos adentramos en las ideas de R.Kusch, comprendemos que, a la par de su intención de descubrir “las categorías del pensar americano”, su intuición va más allá y lo lleva a ver, en los valores de determinadas culturas indígenas, la sanidad interior del hombre en cuanto tal. Por ese motivo nos propone un itinerario personal, que contrapone a la neurosis tan frecuente en nuestros ambientes de gran ciudad, sin conciencia de identidad.

Destaca la oposición entre una cultura agraria o “seminal” y otra urbana o “causal”. El pensar del indígena y el pensar del ciudadano. Sin embargo ambos tienen algo en común, el hecho de participar del mismo miedo original de la condición humana, que intentan resolver de dos maneras diferentes.

El hombre occidental tiene la teoría y la técnica, ciertamente precarias, como solución. Crea la ciudad técnicamente construida, un “patio de objetos”, como único medio de contrarrestar el miedo, pero que queda a mitad de camino. No es más que “medio hombre” porque ha perdido su raíz auténtica. Los objetos reemplazan la naturaleza. Las grandes maquinarias esconden de alguna manera un miedo atroz y muy reprimido. No toma conciencia de las verdades fundantes porque no enfrenta la “ira divina”, como haría el indígena. Hay un claro afán de evitar el compromiso con la realidad en nuestras cómodas ciudades. Es como si nada tuviéramos que ver con nada. Así lo expresa ese “qué me importa” tan argentino. Ponemos una pared entre nosotros y el prójimo, porque nos espanta su presencia viviente, su afán de luchar por su existencia, al igual que nosotros. Nunca nos ocupamos del otro en lo que tiene de esencial.

De este modo el occidental no enfrenta el mundo, se aísla de él, “deja de ser mero hombre para ser mera conducta”. (13) En la ciudad surge el mismo miedo que en el indio, cuando tiene miedo al granizo, a las fuerzas de la naturaleza, pero disfrazado bajo el miedo de perder el empleo, el miedo al robo o a que lo lleven preso injustificadamente. Se refugia en la ciudad, y no en su “yo”, como el indígena. Tiene miedo de sentirse un simple ser viviente y de fracasar eventualmente en esa

condición. De ahí esa necesidad de destruir todo lo que es espontáneo.

El indio del altiplano, en cambio, se limita a continuar el cultivo y la magia. Es la "cultura del estar", donde el movimiento es interno e implica una actitud de compromiso vital con el entorno. Es de una cultura de incomparable riqueza. Un "estar aquí", arraigado a la tierra, la "Pacha Mama" que es don de Dios, a la parcela cultivada, a la comunidad y las fuerzas hostiles de la naturaleza, para lograr el "fruto".

Realiza algo significativo que el hombre occidental no conoce, por cuanto enfrenta y ritualiza su miedo. Busca asegurarse frente al mundo exterior y encuentra verdades estables que surgen de una relación franca entre el hombre y lo que podemos llamar la ira divina o naturaleza. Los sacrificios y rituales tienen el objeto de que lo seminal llegue a ser fruto. Procura allanar el camino del dios, de tal manera que realmente sea digno de la divinidad, con convicción, con integridad, a fin de encaminar el azar, para que dé fruto y no maleza.

En la actitud indígena predomina la contemplación frente al mundo, actitud que se relaciona con un término aymara "utcatha" (uta=casa). "Estar en casa", "estar sentado", término cuyas acepciones reflejan la idea de un mero "estar", vinculado con el concepto de amparo y de germinación.

Las decisiones del indio tienen una particular firmeza. Para él el acontecer en el mundo es parte de lo sagrado, mientras que para nosotros la realidad es algo ajeno, cosificado y profano. El adoratorio de piedra, que es como si fijara exteriormente la eternidad que el pueblo encontró en su alma, nos puede servir como símbolo del espíritu que anima su diario vivir. El Templo del Sol y los adoratorios del Cuzco eran objeto de un cuidado muy esmerado, acorde a su vinculación con el orden divino. Es de este modo que el pueblo vive y carga con su existir en el "mero estar". *"América supone la pesada tarea de ser humano".(14)*

Ver para sentir

En el hombre quechua y aymara predomina el sentir emocional sobre el ver mismo. La emoción da la tónica a seguir frente a los acontecimientos. Ambos idiomas muestran claramente que registran la manera cómo la realidad los afecta, antes que relatar simplemente lo percibido, lo fotográfico. Intervienen en mayor medida que nosotros en el conocimiento. Además poseen soluciones rituales frente a las emociones extremas que el mundo occidental no conoce y que constituyen psicológicamente elementos importantísimos de equilibrio personal y de sanidad.

Se ha hablado demasiado de la vida emocional en un sentido despectivo, desde Descartes hasta el S. XVIII, considerándola como una etapa confusa de la vida intelectual. El mismo Kant confundía la profunda humanidad de lo afectivo con simples estados caóticos. En el campo de la psicología se conoce demasiado poco lo emocional actualmente.

Estas observaciones apuntan a la rica autonomía de la cultura india. Hay una

integración, digna de destacarse, entre lo intelectual y lo afectivo en el hombre, (que sería indispensable lograr a todo nivel!). Esto le brinda al indio una seguridad personal como no la tiene el común de los hombres. Su saber se halla siempre íntimamente relacionado con la vida misma.

Ya desde antiguo "el corazón" ha sido el órgano que "ve y siente". Cuando el aymara presentaba su dolencia, su enfermedad, decía con frecuencia que le dolía el "chuyma" o corazón, anque no se tratara de ese órgano, considerándolo casi como facultad psíquica. Sería afirmar tácitamente la unidad de toda la psique ante una situación objetiva.

Metas

El indio da testimonio de una filosofía diferente de la occidental y desconocerla significa un empobrecimiento, pues constituye el mejor espejo en que el hombre americano puede mirarse. Lo que al principio fue una lucha solitaria de algunos autores, hoy comienza a generalizarse en las universidades de América Latina bajo el rótulo de "pensamiento americano" y se estudia principalmente el pensamiento indígena. Con todo, se mantiene a las sociedades indias en la marginación, a pesar de hablar de su cultura y sus valores.

No se trata de defender un pasado, un patrimonio de museo, sino fuerzas vivas de fundamental importancia en nuestro intento de definir una civilización propia. Es preciso inaugurar una nueva era, en la que tengan lugar todos los pueblos que conforman el "pueblo americano". Los diversos grupos étnicos tienen el derecho inalienable de reelaborar en términos actuales su mundo simbólico y a generar nuevos significados a partir de sus propias tradiciones.

"Quizá sea nuestro destino el de volver a ser aquí hombres sin sucesión, porque ese es el destino de América: la comunidad y la reintegración de la especie".(15)

NOTAS

- 1) L.Zea: *Filosofía de la Historia Americana*. México, Fondo de Cult. Económica 1978.
- 2) Argumedo, Alcira: *Los silencios y las voces en América Latina*. Bs. Aires, Ed.del Pensam. Nacional, 1992.
- 3) Argumedo,A. op.cit.
- 4) en Gerbi,A: *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*. México, F.C.E. 1982
- 5) Argumedo,A. op.cit.
- 6) Ford, Anibal: *Desde la orilla de la ciencia: ensayos sobre identidad, cultura*

- y territorio.* Bs.Aires Puntosur,1987.
- 7) Ribeiro,Darcy:*Las Américas y la civilización*, Bs.Aires,Centro Editor de América Latina, 1969.
- 8) Argumedo,A. op.cit.
- 9) Del Mazo, Gabriel: *El radicalismo: ensayo sobre su historia y su doctrina.* Bs. Aires, Ediciones Gure, 1957.
- 10) Argumedo, A. op.cit.
- 11) Kusch, Rodolfo: *Esbozo de una Antropología Filosófica Americana.* Bs.Aires, Ed.Castañeda, 1978.
- 12) Kusch, Rodolfo: *El pensamiento indígena y popular en América.* Buenos Aires, Hachette, 3ra. edic. 1977
- 13) Kusch, R.:*América Profunda.* B.Aires, Editorial Bonum,1986.
- 14) Kusch, R..op.cit.
- 15) Kusch, R.op.cit.

BIBLIOGRAFÍA

- ARGUMEDO, Alcira. *Los silencios y las voces en América Latina.* Buenos Aires, Ediciones Colihue S.R.L., 1992.
- CARILLA, Emilio. *Hispanoamérica y su expresión literaria.* Buenos Aires, Editorial universitaria de Buenos Aires, 1969.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago. "En torno a la identidad latinoamericana". "Filosofía e identidad'." En *Universitas Philosophica* N°17-18, Bogotá, 1992.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago. "De la polémica hispanismo-antihispanismo en el pensamiento latino-americano", en *Universitas Philosophica* N°15-16, Bogotá, 1991.
- COLOMBRES, Adolfo. "El desarrollo cultural indígena en el marco del proyecto civilizatorio de América Latina", en *Suplemento Antropológico* Vol.XXIV, N°1, Asunción, 1991.
- KUSCH, Rodolfo. *América Profunda.* Buenos Aires, Editorial Bonum, 1986.
- KUSCH, Rodolfo. *El pensamiento indígena y popular en América.* Buenos Aires, Hachette, 1977.
- KUSCH, Rodolfo. *Esbozo de una antropología filosófica americana.* Buenos Aires, Ediciones Castañeda, 1978.
- KUSCH, Rodolfo. *Geocultura del hombre americano.* Buenos Aires, Fernando García Cambeiro: Colección Estudios Latinoamericanos N°18, Buenos Aires, 1976.
- SANTUC, Vicente S.J. "En torno a la identidad latinoamericana" "Elementos

para una antropología desde América Latina", en *Universitas Philosophica* N°17-18, Bogotá, 1992.

- SCANNONE, Juan Carlos, S.J. "Hacia una filosofía a partir de la sabiduría popular", en *Universitas Philosophica* N°4, Bogotá, 1992.
- TORO JARAMILLO, Iván Darío. "Estado de la cuestión antropológica contemporánea en Latinoamérica en comparación con del Documento de Puebla", en *Cuestiones Teológicas Medellín* N°41, Medellín, 1988.
- VILLEGAS, Abelardo. *Panorama de la filosofía iberoamericana actual*. Buenos aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires